

Al no ser yo historiador, ni tampoco haber podido dedicarme a la investigación, resulta cosa fácilmente comprensible que al intentar calar en todo lo hondo y todo lo ancho de la problemática que hoy constituye el saber y el conocer la verdadera historia de nuestro Pueblo, nos encontremos con no pocas lagunas, y hasta con la falta de datos que puedan delimitar el cómo y el por qué de aquellos primeros tapias, con sus tabiques de adobe, que fueron piedra fundacional de la aldea. Entonces ocurre que tendremos que inventarnos no pocos acontecimientos. ¡Pero, cuidado! Que nadie piense que la simple INVENCION es sólo imaginación de poeta. No. Tomemos el sentido del vocablo "INVENCION" como cauce, canal o arteria que puede ser el contexto y ordene esas misteriosas aguas que, embalsadas y sujetas por un dique, han de regar un conocimiento que, al inventarlo, nos traiga una realidad encontrada, sin ser vista ni aprendida en textos de historia. Me explicaré: Poco o casi nada se sabe de la primera mitad del siglo XVI, referido a las primeras Casas-Quinterías o Alquerías de la aldea por los años de 1530 y sucesivos que, según las crónicas, arranca de lo que luego sería El Tomilloso (así, con "i" latina, como suena), y que, en su principio fue, quizá, una o dos ventas de la antigua Calzada Romana o Camino Real, que desde la Extremadura partía en dos el camino del Reino de Valencia, viniendo también desde el otro de la Andalucía, más varios pozos de agua viva para el abrevadero del ganado por aquello de la trashumancia, tan usual y corriente no sólo en la época, sino también hasta casi nuestros días. Y poco más. Poco más, digo, ciñéndome a lo que pudo ser la primitiva aldea. Pero me corre prisa el decir que, como luego se verá, la "INVENCION" (y lo registro para mejor afirmarlo) fue, para los primeros pobladores, EL ESPIRITU Y LA LETRA soñada y recreada, hasta alcanzar lo que nacía solo de su visión y sentimiento. O lo que es igual: la realidad entrevista sin tenerla en las manos. Y de ahí el misterio de su fe, que, como una estrella, les guiaba. Y estaban en lo cierto. Pero sigamos nuestro hilo, hasta encontrar la madeja.

Coviene a nuestro relato, el incidir una y otra vez en esa facultad de misión o destino que, estando en ellos sin saberlo o sabiéndolo muy bien, traían los primeros fundadores. Misión que, conociéndolo por intuición, venía a constituir lo que hoy podemos achacar y más luego definir, como la explosión de una fantasía que imaginaba la realidad no encontrada todavía. Porque ocurre con muchas bellas obras lo que con la poesía: que están en la naturaleza del alma y del espíritu y sólo alcanzan a cobrar vida, cuando llegan los hombres de excepción y se la inventan. Es algo semejante -aunque no es lo mismo- a cuanto acontece con el paisaje y la pintura. Hay, de entrada, un espejismo. Pero el hombre creador lo cuece en su propia alquitara o alambique para desmenuzarlo. Y entonces, su capacidad de sorpresa que es gracia y hasta hermosa y cuerda locura, se topa con encuentros que sometidos a su interpretación, o nacidos de ella, les acarrea el descubrimiento de lo que es el verdadero arte. De donde venimos a historiarnos, que sólo por la vía de la invención se ve el color, se aprecian la forma y los contornos y ese contraluz que produce movimiento. Y si algo parecido les ocurrió a los escritores del 98, respecto al paisaje, que estando ahí, apenas si nadie lo había visto hasta entonces, no sería hoy mala cosa imaginarnos que lo mismo o parecido sintieron aquellos pobladores, venidos Dios sabe de donde, y que eligieron este lugar cuando soñaban lo que sin tenerlo ya habían encontrado. Porque, como de todos es sabido, no es la misma cosa mirar que ver; como tampoco es igual la función de ver, que